

Editorial

Historia de la enfermedad

Manuel Quijano Narezo

La historia de la medicina se ha presentado siempre en forma triunfalista, y con toda razón: desde la época prehistórica hasta la actualidad —claro está, con lagunas, estancamientos y retrocesos—, la práctica médica ha ido mejorando en eficacia, sustento científico, bases filosóficas y repercusión social. Su evolución (como la biológica) ha sido lenta, con cambios pequeños acompañados de progreso y ocasionales saltos bruscos que nada hacía esperar, verdaderas revoluciones que desvían el curso del desarrollo y modifican de fondo el conocimiento teórico y sus aplicaciones. Pero también, en la historia de la medicina se abusa del enfoque historicista y se deleita con la presentación de médicos o cirujanos notables, con escaso análisis de las ideas o la repercusión de sus innovaciones.

Y tampoco se preocupa por dar una idea de lo que es o era la medicina, sus conceptos y su práctica, en el momento de la Historia que estudian, que es la única razón para valorar una perspectiva, para estudiar (recordar) las ideas del pasado.

En un libro publicado en Francia hace ya casi veinte años, titulado “La Historia Cultural de la Enfermedad”, Marcel Sendrail^{*} intenta no subestimar las hipótesis e interpretaciones de la enfermedad y sus remedios, tal como se han tenido en civilizaciones antes del advenimiento del método bernardiano, la fisiología y nuestra orgullosa calificación de científico a nuestro oficio. No lo intenta, sino por lo contrario pretende demostrar que cada sociedad ha tenido sus propios males, males “que ha asumido de una manera coherente a sus creencias y a los ideales que le fueron propios”. Exagerando podría decirse que Sendrail adjudica a cada cultura una patología característica de la misma manera que se le pueden asignar instituciones o un estilo particular de arte.

Para la antigüedad, la existencia de la lepra constituía no solamente una enfermedad sino un “fatum”, un destino al cual era casi imposible substraerse. Durante la Edad Media la enfermedad específica fue la peste, que materializaba una concepción trágica de la existencia y exemplificaba un castigo colectivo enviado por Dios. La aparición y extensión de la sífilis en el siglo XVI es significativa porque ocurre en un momento de crisis moral y espiritual: el contagio venéreo era una consecuencia natural del modo de vivir de navegantes y exploradores y también resultado del libertinaje en Europa.

En el siglo XIX, en que se canta el amor romántico y se describe en forma escandalizada la miseria social del inicio del maquinismo, la enfermedad característica será la tuberculosis. Y en el siglo XX en que se logra la prolongación de la vida humana y se altera la naturaleza, al grado de producir contaminantes en todo acto de la vida, la enfermedad típica es el cáncer.

Durante la época prehistórica el hombre conoció tan solo el mal; un mal anónimo, indefinible, más una maldición que una enfermedad. Sin embargo, la paleopatología nos ha enseñado que nuestros ancestros eran con gran frecuencia víctimas de padecimientos ósteo articulares deformantes, seguramente muy dolorosos. Pero entonces, e inclusive más tarde, en el inicio de la época histórica y por *muchos* siglos después —podría decir que hasta la actualidad—, el hombre interpreta la naturaleza valiéndose de un modelo de “mundo invisible”, poblado de divinidades benéficas o maléficas... y utiliza el mito para concretar su pensamiento. Cada enfermedad tendrá así su propio mito y su propio demonio.

En el tercer milenio antes de Cristo las enfermedades comienzan a tener una imagen distinta una de otra; de entonces datan los textos más antiguos que reverenciamos y los esbozos de una farmacopea primitiva, de composición puramente vegetal. Pero como la interpretación de la enfermedad continúa atribuyéndola a una ingerencia cruel y oculta de los dioses y demonios, a cada padecimiento se le designa con el nombre de esas divinidades. Obviamente se ha pecado de adulterio, de incesto, de impiedad, sacrilegio o de la mera transgresión de algún tabú y, para aliviar el mal debe hacerse primariamente el diagnóstico, buscando en el inconsciente el recuerdo de concupiscencias (como nos decían en la primaria), o delitos de cualquier orden que permitieron alojarse dentro del alma al demonio para luego, mediante exorcismos, encantamientos o inclusive medicinas, deshacerse del molesto huésped.

Hipócrates introdujo en el siglo V antes de Cristo, el concepto no nada más laico de la enfermedad sino “historiado”, es decir, que sigue un curso temporal desde su inicio hasta la crisis o lisis, y luego hasta el desenlace, feliz o fatal. Fue el primero que describió lo que ahora llamamos la Historia Natural de la Enfermedad y fundó la nosología en sus libros sobre las epidemias, las heridas, las hemorroides o la epilepsia.

Pero la historia clínica que se empezó a hacer entonces y se sigue haciendo hasta hoy, no cuenta nada del individuo, de la persona y de su experiencia de la vida, la forma cómo enfrenta

* “Histoire culturelle de la maladie”. Ediciones Privat, Toulouse.

su padecimiento y lucha por sobrevivir. En esas historias clínicas no hay un sujeto, sólo un objeto que ocupa la cama 23 o que tiene una púrpura trombocitopénica. La doctrina positivista del siglo XIX que mucho contribuyó a convertir la medicina en una ciencia, también coadyuvó a considerar el cuerpo humano como una máquina cuyo funcionamiento está temporalmente alterado. Es curioso que los médicos de fines del XIX y principios del XX, hombres de gran personalidad, sabios, universales, cultos y con experiencia de la vida, olvidaran la dimensión psico-social de su oficio, aunque utilizaran el impacto que sobre la psicología del paciente y sus familiares tenía su propia personalidad. Por eso desde el segundo tercio de este siglo nuestros maestros empezaron su cruzada contra la deshumanización de la medicina y apareció la especialidad en lo psicosomático, aun cuando los rendimientos de tal cruzada no puedan calificarse de espectaculares.

Algo más curioso todavía: se dijo líneas arriba que en el pasado se confundía el mal físico con el mal moral tanto en sus causas como en sus manifestaciones; que a veces el que

sufría era el individuo pero otras la comunidad entera y que, de supuestas culpas personales o colectivas derivaban las inundaciones, la sequía, los terremotos y hasta las enfermedades. Lo curioso, insisto, es que en este siglo del gran triunfo de la ciencia se han reactualizado conceptos más o menos semejantes con el nacimiento y difusión de sectas y fundamentalismos que cunden y aumentan sus adeptos. Estas posiciones quieren, a veces, encontrar apoyo en la aceptación oficial de “Medicinas paralelas” pero torciendo su interpretación y su intención, creyendo que tienen una base de sustentación tan sólida como la científica de la halopatía.

La epidemia prototípica del siglo XXI —en lo que va—, no es el SIDA. No, son los males de la burocracia, de la política, del libertinaje, del exceso de información, de la codicia, la corrupción y la impunidad, del egoísmo y hasta de la actitud supuestamente anticonformista, que golpean a la sociedad en formas muy diversas... y en este mundo kafkiano ni los jueces, ni los tribunales, ni los moralistas, ni los médicos conocen bien el proceso patogénico y, menos todavía, las medidas terapéuticas.

